

El oficio de contar

Héctor Abad Faciolince

Nunca veo en los periódicos que a los ingenieros les pregunten por qué se dedican a calcular puentes, diseñar edificios o trazar carreteras. Se supone que es porque les gusta, porque tienen algún talento para hacerlo bien o porque es una forma honrada y útil de ganarse la vida. Tampoco se les suele preguntar a los cirujanos por qué operan, a los marineros por qué navegan ni a los agricultores por qué siembran. Pero a los escritores siempre les preguntan por qué escriben. Lo que yo me pregunto es por qué siempre se les hace esa pregunta, la cual tiene una respuesta tan simple como la que podrían dar un ingeniero o un cirujano.

Puede que esta insistencia se deba a nuestra inclinación a repetir siempre las mismas preguntas: como esa es una pregunta que aparece en muchas entrevistas, debe de ser una buena pregunta. Pero es posible también que esta pregunta tenga un origen remoto y (en ese entonces) sagrado. Los primeros escritores —no digo los de la antigüedad, sino los de nuestro verdadero pasado cultural, que está en la Edad Media— eran casi todos clérigos. Y a los clérigos sí que se les preguntaba y se les pregunta el último porqué de su elección del sacerdocio. Un obispo o un superior debe decidir si ordenar o no a un aspirante: trata de medir tanto las aptitudes del candidato como la sinceridad de su llamado al sacerdocio y entonces intenta saber las circunstancias en que el otro recibió la inspiración del Espíritu Santo o de quien corresponda. Tal vez, la costumbre haya perdurado por eso en el tiempo y a los escritores (antiguos clérigos) se les pretende averiguar todavía la hondura de su vocación. La escritura, al principio, eran sagradas escrituras, y era necesario saber la autoridad de los autores.

Es curioso, pero en un mundo —por suerte— ya bastante desacralizado los autores siguen teniendo autoridad. Se les sigue dando a los escritores cierto rango sacerdotal, cierto prestigio que realmente no corresponde con la dignidad, responsabilidad o importancia de su oficio. Los escritores —personas inspiradas, se supone— pasan al papel algo que de alguna manera les dicta alguna entidad metafísica. Muchos escritores se toman en serio este papel, se lo creen, y hasta les gusta que los reverencien los demás, los no inspirados. Los poetas —a través de los cuales el Ser se manifiesta, según la expresión de uno de los filósofos más citados de este siglo— son como ventrílocuos de Dios. Y algo de este halo sagrado de los vates también lo heredan los prosistas, profetas ungidos por cuyas plumas habla la verdad y seres predestinados a ser los voceros del mundo.

Babosadas, creo; verborrea, me parece; ilusiones, en el mejor de los casos; prejuicios arraigados entre muchas personas; supersticiones que llevan a situaciones ridículas.

Pongamos el caso de Fulanito de Tal, escritor. Por ser escritor, a Fulanito de Tal (inspirado que nos ilumina) se le pregunta sobre cualquier cosa: sobre la clonación de mamíferos, sobre el aborto, sobre la reforma agraria, sobre la publicidad de cigarrillos, sobre el gobierno de turno, sobre las verdaderas causas de la violencia política. Los escritores no suelen saber mucho sobre esto, o saben tanto como cualquier ingeniero, como cualquier dentista, pero sin embargo es a ellos a quienes más se les pregunta, como antes a los sumos sacerdotes, como todavía hoy a los consejeros espirituales. Todavía se cree que los escritores pueden dar respuestas inspiradas sobre temas que no les competen. En realidad este oficio de escribir, en esta época, en este

continente (pero me parece que en otros períodos y en otras partes también era y es así) creo que no significa mucho más de lo que cualquiera nota. Un escritor, fundamentalmente, es alguien que sabe escoger las historias y sabe escoger las palabras para contarlas. En eso consiste su talento y esa es su función: tomar los cuentos que todos cuentan y el lenguaje que todos usan y depurarlos, concentrarlos, si es capaz mejorarlos, en todo caso emplearlos de manera que expresen de la mejor manera posible lo que la gente vive, lo que las personas sienten o podrían llegar a sentir, dadas ciertas circunstancias.

La gente necesita puentes, carreteras, edificios, agua. También a veces necesita ser operada o que le obturen un diente. Y muchos —quiero pensar que todos— también necesitan que les cuenten cuentos. Esta función la cumplen los padres al relatar su pasado, el periodismo al describir lo que pasa, los historiadores al decir y analizar lo que pasó, los curas al insistir en lo que probablemente nunca va a pasar. Y también los escritores, que son los que cuentan no lo que pasó ni lo que pasa, sino lo que podría pasar. Algo parecido hacen los guionistas y los directores de cine y televisión, quienes también concentran en unas horas alguna historia posible.

Cuando además de escribir bien el escritor consigue ser un artista auténtico, el resultado de su oficio se acerca, entonces, al del músico. Logra que sus instrumentos —las palabras y las historias— adquieran un significado difícil de definir en unos términos distintos a su mis-

ma expresión. Algunos escritores, poetas y narradores, son capaces a veces de fabricar una especie de objeto con sus palabras: eso que con un lenguaje un tanto anticuado se denomina “obra de arte”. Obras de arte son *Macbeth* y el *Quijote*, la *Educación Sentimental* y, por nuestros lados, *Pedro Páramo*, *Cien años de soledad* y algunos ensayos cuentísticos de Borges. Encontrar un personaje, construir un mito, hacer un resumen del mundo, crear uno alternativo, componer música con las palabras, y muchas otras cosas que ni siquiera sabemos y que son precisamente las que los artistas tienen que descubrir todavía. Obras así son lo que justifica que la literatura se estudie en las universidades.

Como escritor no sé si algún día seré capaz de (es difícil escoger el verbo) fabricar, descubrir, escribir una historia o un libro perdurables. Lo excelente es escaso y es difícilísimo que alguna vez a un escritor —así tenga talento— le salga una obra de arte (como es difícilísimo que a un matemático le salga la solución de algún problema abierto) y más difícil aún es que siquiera se dé cuenta (Cervantes creía que su obra maestra era el *Persiles*). Mi ambición como escritor es que algún día tenga la suerte o la capacidad de hacer así sea una pequeña obra de arte. Conscientemente mejor, pero también me gustaría llegar a escribirla aunque no me diera cuenta. Aspiro a trabajar en eso hasta que me muera. Al fin y al cabo es un oficio que me gusta y una manera honrada de ganarme la vida.